

3-30-2015

Encuentro con Julio Cortázar, cronopio mayor

Gabriel Jiménez Emán

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Jiménez Emán, Gabriel. 2015. Encuentro con Julio Cortázar, cronopio mayor. *Revista Surco Sur*, Vol. 5: Iss. 8, 26-27.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.5.8.21>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol5/iss8/22>

This HONRAR, HONRA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Gabriel Jiménez Emán

Encuentro con Julio Cortázar,
cronopio mayor

1976. Me encuentro bajando enseres de un departamento, en Caracas. Nos mudamos. Antes de llegar a la nueva residencia, me detengo en la vía y compro el periódico. Allí leo la noticia de la visita de Julio Cortázar a la ciudad, donde me entero de que viene a dar unas charlas. Se encuentra alojado en un hotel, a pocas cuadras de donde estoy. No lo puedo creer: el escritor a quien más admiro anda por ahí, cerca. El narrador que cambió mi vida con sus cuentos, con aquellos libros como *Final del Juego*, *Todos los fuegos el Fuego* o *El Perseguidor*, con su figura desenfadada y sus valientes y reveladoras declaraciones políticas y literarias, Cortázar luce como el escritor completo; creador de un mundo propio y fantástico, se compromete también con las causas sociales de América Latina, sus revoluciones, sus cambios, sus ilusiones. Es un hombre altísimo, barbado, de mirada franca y serena y de aspecto juvenil, pese a su edad. Contiene en sí varias nacionalidades: nacido en Bruselas (en 1914) y criado en Buenos Aires, marcha en su juventud a París, donde se adapta y escribe sus principales obras: la magistral *Rayuela*, (que el decir de Lezama Lima es “el Ulises de América”), *La vuelta al día en ochenta mundos*, *Las armas secretas*, *Bestiario*, *Queremos tanto a Glenda*, *Historias de cronopios y de famas*, libros heteróclitos donde se respira una fiesta del lenguaje, en plena libertad de géneros y formas cambiantes.

Me ducho en el nuevo apartamento, me pongo fresco y voy en busca de Julio Cortázar. Está en un pequeño hotel de la urbanización Bello Monte, en Caracas, recién inaugurado. Pregunto por él en recepción, casi temblando de emoción. Sí, se encuentra ahí, me dicen, y luego a él que abajo lo espera un joven que se identifica como escritor. Qué pedantería, identificarme como tal con Julio Cortázar. Que ya viene bajando, me dicen, uf.

Aparece el hombre, con una camisa manga corta muy holgada, que deja ver sus largos brazos y grandes manos; una de ellas se tiende hacia mí y me invita a una salita de estar. Se sienta, abre un paquete de cigarrillos, enciende uno, aspira largo, larguísimo, y luego expele el humo lentamente. Le digo mi nombre, no sé de qué hablarle, se me ocurre decirle que me gustó su prólogo a la obra de Felisberto Hernández aparecido en Biblioteca Ayacucho de Caracas; me dice que Ángel Rama también ha hecho un prólogo muy bueno en Argentina, y hablamos un rato sobre el entrañable uruguayo Felisberto. Más tarde le digo que he conocido hace un año a José Lezama Lima en La Habana, y se alegra; le cuento algunas anécdotas con Lezama y el rostro se le ilumina. Salí del apuro citando a dos grandes, y me felicito.

Después le obsequio unas revistas venezolanas y un libro mío, *Los dientes de Raquel*. Me lo agradece. Me anuncia que en unos momentos José Balza viene a buscarlo para llevarlo a la Universidad Central a una cita con los estudiantes. Le tiendo una edición de *Prosa del observatorio* para que me la firme.

—Nunca dedico libros—me dice. Discúlpeme usted. Pero le anoto mi dirección en París, por si va por allá me visita.

—Gracias, le digo. Entonces me despido.

—No, quédese mientras llega Balza- me dice.

Ordena dos cafés, saca y se prepara a encender otro de sus casi míticos galloises, los fuertes cigarrillos franceses.

—Me gustan el clima y el paisaje de Venezuela- dice. -Tengo planes de ir a Mérida y a Cumaná, también a Guayana.

Le hablo descriptivamente de esas regiones. Tomamos los cafés y él fuma su galloise. Le digo que en Cumaná fabrican muy buenos habanos, que harían las delicias suyas y de Lezama. Mientras fuma su cigarro me dice que Lezama es quizá el escritor más culto de América, y cómo todo lo que nombra lo transforma en conocimiento o en literatura. Hace comentarios sobre La Habana, sobre

los olores de la ciudad mezclados al mar. Se levanta. Yo también. Entonces me despido, estrecho su mano y me doy vuelta, bajo los escalones hacia un pequeño jardín y me voy silbando hacia Sabana Grande. Busco una buena barra en un bar cercano y bebo una cerveza fría, para disfrutar a solas de mi buena suerte. Ya les contaré a mis amigos de este encuentro, con un escritor que para mí entonces era como un dios, como Rubén Darío lo era para los modernistas.

Releo sus libros Historias de cronopios y de famas, Prosa del observatorio —donde acaba de poner su firma y de anotarme su dirección (B.P. 33 75022 PARIS I CEDEX 01 FRANCIA)— y Deshoras. Me deleito con sus dos últimos libros, Salvo el crepúsculo y Los astronautas de la cosmopista. Me preparo a escribir un ensayo sobre ellos, titulado “Últimas pistas de Julio Cortázar”, proyecto que voy posponiendo hasta hoy, y que ve su resultado en la revista Imagen (N° 1 Nueva Época, Caracas, 2011) Sigue Cortázar con su intensa vida, asistiendo a encuentros en universidades, y a eventos internacionales donde aboga por la independencia social y espiritual de América Latina y, ante todo, por una defensa de la literatura en todo su espectro: social, humano, intelectual.

Dediqué a Cortázar varios escritos, uno titulado “Cortázar de vuelta” en la revista española Quimera, ampliado luego para mi libro Diálogos con la página en 1984.

Supe de sus visitas a Venezuela mucho después, y quise saludarle de nuevo en una ocasión en que formaba parte del Tribunal Russell, para lograr la libertad de escritores encarcelados por razones políticas; o por intelectuales que han sido víctimas de persecución. Era tal la afluencia de público en un auditorio de Parque Central en Caracas, que no me atreví a acercarme. Yo estaba allí con mi hermano Ennio y el poeta Rafael Garrido. Cortázar fue invitado a pasar al proscenio, le tocaba intervenir. Nosotros estábamos de pie. Él se levantó y miró hacia atrás por un momento, saludó y a mí me pareció que era para mí. Le respondí nerviosamente, sin estar seguro de ello. ¿Sería a mí de verdad?, le consulto a mis hermanos. Sí, Gabriel, fue a ti, me aseguran ellos. Qué gran memoria, carajo, qué gran regalo, les digo. Oímos su discurso. Los medios de comunicación se vuelcan sobre él. Abandonamos la sala de conferencias en busca de un restorán donde hablar y refrescarnos.

Aquel saludo fue para mí uno de los mejores estímulos para proseguir en mi trabajo literario, este difícil camino de la escritura, contra viento y marea, desde lo profundo, aquel saludo que llevaré siempre tatuado y que se fue haciendo más fuerte desde su adiós físico en 1984, justo a los 70 años. En Venezuela se celebra el 12 de febrero el día de la juventud, una fecha para mí inolvidable porque fue el día en que nació mi madre. Es también la fecha del fallecimiento en París de Julio Cortázar, quien sufría de una enfermedad que le hacía parecer siempre joven. Una feliz enfermedad, digo, que contagió a su literatura, joven por siempre. Su mujer, Carol Dunlop, había fallecido hacía pocos meses, y según parece, Julio no pudo con tanta soledad. Habían realizado juntos un viaje intemporal París-Marsella que reseñaron en Los astronautas de la cosmopista, ejercicio vital de “dos cronopios que por puro amor recorrieron durante un mes la autopista más transitada del mundo, con un propósito que cualquier persona consideraría absurdo y disparatado, donde la enajenación de lo cotidiano se rompe para dar lugar a la inventiva, a la reflexión, a la búsqueda de lo humano por lo humano, al encuentro constante de una auténtica escritura”.

Ese texto de presentación, creo, pudiera aplicarse a toda su obra literaria.

El fallecimiento de Cortázar hace treinta años me dolió mucho entonces, pero también afianzó mi vocación y mi destino. Gracias, Julio, ya cumpliste los cien y te queremos tanto, siempre andas por ahí.

